Ella quebró de mi frialdad la escarcha,
Y me hizo ardiente y hombre de hidalguía.

Hoy que el recuerdo pasa rumoroso,
Sacudiendo el descanso de mi mente,
Mándame un beso dulce y delicioso;
Beso de madre que purezas siente.

Un beso que disuelva mis pesares
Un beso que fustigue mis congojas;
¡ Que tenga melodía de cantares;
Y la esperanza de las verdes hojas !

Pedro L. Ipuche.

Agosto de 1909.—De *(Aurora Naciente.)*

En camino

Para "Arte„

Los dos viajeros se encontraron en el mismo camino.

Uno era joven; caminaba apresuradamente, era esmerado en el vestir.—Hacíalo rara su mirada torva, recelosa: algo de desconfianza se palpaba en todo su ser.

El otro tambien era joven; pero su cara demacrada mostraba el sello de la vejez prematura.—Vestía con androjos que dejaban ver en sus girones la desnudes de su cuerpo.—Sus pies estropiados por las piedras del camino, desnudos, mostraban innumerables betas de sangre, seca yá por el polvo y el calor del sol.

Sus ojos eran brillantes, como si dos lágrimas vertidas momentos antes hubieran dejado la huella húmeda de su paso.

Para contraste: si torva era la mirada de uno, altanera y límpida era la del otro.

El primero, como andaba mas de prisa, pasó junto al segundo apartandose como para no rosarlo; y sin dirijirle la vista hizo un movimiento que se puede calificar de asco.

El androjoso lo dejó pasar.—En su cara no se dibujó ni el signo de la rabia ni el del desprecio, solamente la indiferencia vagó por un momento en sus labios secos y pálidos, ávidos de alimento, huérfanos del beso, nacidos para el hombre...

¿Quienes eran; que buscaban en la misma senda siendo tan distintos? ¿Habrá algo en el camino que seguian que puediera llenar las aspiraciones de ambos?

El que no fuera conocedor de sus secretos ni dueño del misterio

de sus pensamientos los hubiera llamado viajeros;rico el uno y pobreel otro.

Buscaban la gloria que ambos se consideran con derecho á aspirar.

Uno había luchado bastante y esteba seguro del éxito; iba en demanda de los beneficios á que era acreedor y avanzaba con calma, desplegando las últimas fuerzas que le quedaban; llegaría.

El otro también abanzaba, lijero pero inseguro, no con el convencimiento íntimo del derecho, sinó con la desconfianza que acarrea el embuste, con el hipocrisismo del silencio encubridor del huerto.

Esta era la mentira.

Iba agobiado por el peso de los triunfos robados, camino del último robo, del mas vergonzoso de todos; del robo de la gloria que necesitaba su fama.

¿Que había hecho de su vida? la había gozado; y cubierto por la máscara de su falsa honestidad, mas hipócrita que insolente, ayudado por la audacia y el poderío de su oro; se hizo abrir todas las puertas envileciendo todas las escalas sociales.

Penetró desde el suntuoso salón aristocrático, hasta la misteriosa alcoba de la casa humilde, mancillada con su sibaritismo todos los ambientes donde reinaba la virtud para trocar el galardón de la moral por el corrompido cetro del imperio de su dinero; asqueroso encubridor de su libertinaje.

Ese era la encarnación del embuste; que quería arrebatar lo que pertenecía al otro; al cenobita del bien, al asceta rendidor de culto á la verdad, á aquel que vejetó en el destierro voluntario de la ermita de la desgracia, que predicó el evangelio del sufrimiento en holocausto del bien común...Este era el pobre, el androjoso de límpida mirada; alma templada en el eterno invierno de las horas negras, ojos que no vieron bastantes alboradas primaverales para borrar el astío de las noches tristes, fecundadas en tinieblas.

La desventura no tuvo bastante poder para doblegar su caracter, siempre dispuesto á vencer las dificultades y á arrastrar las pamperadas de la desgracia que mutilan el cuerpo y flagelan el alma.

Bondad de sentimiento donde el bien encontró campo fértil para un desarrollo prematuro, y donde el flagelo del mal se esteriliza y se muere miserablemente agobiado por la nobleza del alma sin encontrar tierra fecunda para el engendramiento del vicio corruptor de la moralidad y azotador eterno de la carne.

Ambos se habían empinado sobre el terreno de su pasado para mirar el porvenir; y ambos los vieron; uno con la mirada aguzada del sabio que sondea el arcano misterioso de lo ignoto, que comprende la vida tal como es, que conoce los ambajes del camino porque en cada sinuosidad dejó un giron de sus androjos y una gota de su sangre.—Porque atravesó los arravales de la vida siempre impulsado por un mismo pensamiento y absorto en la contemplación de la belleza idealizada á su manera, no deparó en la crítica que quiso doblegarlo.

El injurioso vocabulario del fatuo burgues, mortificó sus oídos y pesó sobre sus sienes, sin desmoralizar su espíritu y sin enrojecer su cara escuálida pregonadora de la angustia, hermana gemela del hambre, con el tinte inocultable de la vergüenza.

Aquel se forjó otro horizonte y tras su ingénua inesperiencia creyó ver en el cielo de su porvenir la púrpura de las nubecillas rosáceas cuando solo había una vaguedad de girones pardos, avanzadas perdidas de un ejército de truenos, presagios de tormenta.

Mientras aquel alimentó su cuerpo con el pan negro de la pobreza y vivió la vida de las miserias sin haber tenido jamás prrticipación alguna en el festin de la grandeza, porque navegó la ruta de su existencia entre el vértice de sus andrajos; este navegaba por el mar de los engaños y se engañaba á sí mismo; pobre loco– no presentía que al llegar á la última ctapa de su ruta se encontraría frente á una muralla de blasfemías y anatemas.

.....

El sol se había escondido yá.

El bosque sombrío, inmenso, parecía estremecerse bajo un hálito de tristeza; y del fondo preñado de tinieblas se levantaba un rumoroso y extraño ruído de ramas y hojas, ó de aves asustadas que graznaban; alados centinelas que hacen la guardia de sus nidos.

El campo, cuando despierta, comunica á todos los seres su alegría; con el canto de sus pájaros, con el tono escarlata de su sol, con el temblor del ramaje que se sacude como obedeciendo á un signo misterioso de desperezamiento; pero cuando duerme, enmudece la algazara para obedecer al signo del silencio y el sueño deja sentir el hastío de su penumbra mientras todas las cosas duermen en la sombra que las confunde, imponentes en su deformidad.

Y así, en medio de la tristeza propia del crepúsculo, en esa hora en que las aves sacuden su plumaje y se encrespan como en un espasmo de aletargamiento precursor del sueño; en esa hora en que toda la naturaleza se siente poseída por la vaguedad de la sombra y la sombra se siente invadida por los girones del crespón nocturno; se encontaaron en un ambaje del camino los dos hombres.

El que parecía rico, atravesaba los campos al volver de su peregrinación, pero volvia abatido, acosado por una enfermedad moral, pálida la cara, extraviados los ojos, que miraban las piedras del camino como para esconder bajo de ellas un signo de vergüenza que pesaba sobre sus hombros.

Al encontrarse con el andrajoso se apartó del camino y luego que este hubo pasado se sentó sobre una piedra á mirarlo con curiosidad, y veía que el mendigo llevaba la ruta que él desandaba, y en su semblante comenzó á dibujarse una sonrisa de burla.

Siguió sentado, esperando, inmóvil sobre la piedra, como si él tambien lo fuera.

Del bosque lejano, entre las copas de los árboles se veía la cuspide de un Templo-sagrado.—Era el templo de la gloria.

El silencio del campo fué interrumpido por una campanada lejana y misteriosa, y una música apacible, una música vaga, llegó como con cautela á herir los oídos del caminante. — Luego oyóse un coro de voces argentinas de extraña armonía, y los árboles del bosque parecían agitarse como si una mano invisible y poderosa sacudiera sus troncos. — Levántose un resplandor de pira que fué decayendo en fosforecencia. — Luego se difundió un olor desagradable de samgre tibia. — Se adivinaba el sacrificio.

El viajero contemplaba atónito—ahora con un rasgo de miedo—todo aquello; y se vió solitario entre las tinieblas de la noche y la negrura de su alma, mientras sus labios balbuceaban una palabra de perdón, mientras sus pupilas se apagaban en el último miraje hacia las lejanías, donde tenía lugar la inmolación en honor de un heroe.

Fernando Silva Valdés.

Detrás de tu reja verde...

Detrás de tu reja verde
pensativa estás de pié,
ostentando sobre el pecho
un rojo, inmenso clavel.

Miras pasar por tu puerta
los que rondan tu pensil,
los que quieren que les muestres
tu sonrisa de carmín.

Ellos saben que implacable
á sus ruegos tú serás,
pero piensan que con tiempo
tu corazón cambiará.

Por tu calle van rondando....
todos te miran, te ven....
y á todos les entra al alma
el rojo de tu clavel.

Tú los ves en su silencio
como pasan.... vienen.... van,
mas ninguno es quien quisieras
que rondara tu lugar.

Hay tristezas en tus ojos,
en tus labios: ilusión,